



LAS MIGRACIONES GERMÁNICAS EN *HISPANIA*

Francisco Javier Heras Mora

Junta de Extremadura

La *Hispania* de la tardorromanidad. Contexto

A lo largo del siglo IV, la ciudad hispanorromana comenzaba a mostrar, en términos generales, signos de decrepitud muy evidentes en el desgaste de algunos de los monumentos más significativos. Los edificios de espectáculos populares, como los circos o los teatros, necesitaban ya una importante restauración. La fisonomía irregular de sus calles alerta sobre cierto desorden o relajación en las normas urbanísticas y el abandono de algunos espacios públicos.

También la sociedad comenzaba a cambiar en una transformación sin retorno de las relaciones entre el campo y la ciudad, y entre el hombre y la divinidad. El triunfo político del cristianismo había hecho tambalear los propios fundamentos de la civilización clásica y amenazaba

con borrar todo rastro de los viejos dioses paganos y de las costumbres más arraigadas de la cultura romana. A duras penas sobrevivían las carreras en los circos y, a finales de siglo, había que promulgar leyes para que no se destruyesen los templos y monumentos, seguramente ya obsoletos, abandonados y amenazados por el expolio de sus vecinos.

En este contexto, los esfuerzos de las autoridades imperiales se concentraban cada vez más en la defensa de las fronteras del Imperio. Hacía tiempo que la presión en el *limes* daba señales de emergencia militar. Muchos de los emperadores-usurpadores se habían curtido en el ejército —apostado perennemente en los campamentos desde *Britannia* hasta *Moesia*—, algunos germanos ya formaban parte de las tropas romanas y el emperador se recluía en el seguro puerto de Rávena.

De alguna forma, las instituciones presentaban síntomas de agotamiento y, en general, los propios ciudadanos comenzaban a intuir, acaso, la proximidad de un fin de ciclo. En medio de la creciente influencia del cristianismo, al-

< Propuesta de reconstrucción de la indumentaria femenina aristocrática de los pueblos que protagonizaron las Grandes Migraciones de la primera mitad del siglo V, a partir de una sepultura excavada en Mérida; según Heras y Olmedo, 2019 (dibujo J. Suárez).

gunos gobernantes recurren a los viejos dioses reclamándoles ayuda y, aunque no era la primera vez que el Imperio se enfrentaba a una inestabilidad política tan acuciante, el temor general parecía cada vez menos infundado.

A comienzos del siglo V, los herederos de Teodosio I no encontrarían una situación mejor y, tras la nueva división del Imperio entre sus hijos, volverán los no tan viejos fantasmas de la usurpación del poder. En 407, Constantino III se levantará en *Britannia* y desde la *Gallia* hará frente a Honorio y a la supuesta oposición de *Hispania*, donde persistía el escollo político de parte de la dinastía teodosiana. En *Lusitania*, la provincia más occidental del Imperio, se reunía una milicia de siervos y campesinos para hacer frente al usurpador, por parte de los jóvenes Dídimio y Veriniano, ricos terratenientes con posesiones en *Lusitania*, emparentados con el hispano Teodosio I (379-395). Incluso la capital donde se hallaba el *vicarius* o gobernador de las Hispanias —*Augusta Emerita*—, parecía desprotegida militarmente; no olvidemos que la misma península itálica se encontraba amenazada y la propia Roma será tomada por el godo Alarico, en 410. Pero quizás el primer objetivo de este ejército servil reclutado por los leales parientes de Honorio fue combatir a los bárbaros que, poco antes, el último día del año 406, habían rebasado las fronteras imperiales del Rin.

El ejército de Constantino III ya albergaba en sus filas a *honoriaci* —soldados reclutados entre pueblos bárbaros aliados— y, paradójicamente, van a ser ellos los encargados de defender el paso de los Pirineos. En este punto, resultó fundamental el cambio de lealtades mostrado por el hasta entonces lugarteniente de Constantino, Geroncio. Éste había acompañado a su hijo Constante en su cam-

paña hispana, pero en un giro estratégico pudo facilitar el paso de algunos grupos germanos que permanecían en la *Gallia*. Esa colaboración propiciaría que, en otoño del año 409, estas gentes se adentraran en la península ibérica y, poco después, reclamaran el reparto territorial de *Hispania*, en cumplimiento de unos supuestos acuerdos, posiblemente establecidos con Geroncio.

Los «bárbaros» en *Hispania*

«De aquí parte la funesta pérdida de las Hispanias». Con esta frase, el teólogo e historiador hispano, Orosio, vincula la caída de las provincias hispanas al conflicto político y militar desatado tras la usurpación de Constantino y el cúmulo de decisiones que se sucedieron a continuación. Sin duda, la práctica desprotección de *Hispania* frente a estos bárbaros, a pesar de los repetidos intentos de Honorio por restituir el control de las provincias occidentales, impedirá a la postre retornar sus antiguos dominios hispanos.

Otro testigo de excepción, Hidacio de Chaves, obispo de *Aquae Flaviae*, contemporáneo de aquél y protagonista, además, de algunos de los hechos más relevantes, narró como ningún otro historiador cuanto aconteció en aquellos años. De los bárbaros que atravesaron los Pirineos, menciona a los suevos, vándalos —asdingos y siligos— y a los alanos. Conformen una parte de aquellos grupos que, desplazados por los hunos de sus territorios de origen y, tras permanecer largo tiempo junto a los límites del Imperio, rebasaron la frontera renana en el invierno del 406. Algunos de ellos ya eran conocidos por los romanos. Es el caso de los suevos —en realidad un tronco étnico del que formaban parte numerosas tribus—, a



los que se había enfrentado el propio Julio César en las Galias. Los vándalos, por su parte, procedían del área que había ocupado la Dacia y la actual Chequia, y los alanos serían oriundos del entorno del mar Negro.

En 411, estos grupos proceden a repartirse la práctica totalidad de los territorios hispanos. A los alanos, quizás los más numerosos, tocarán en suerte las provincias *Lusitania* y *Carthaginiensis*; a los suevos y vándalos asdingos, la *Gallaetia*, y a los vándalos silingos, la *Baetica*. Quedará fuera de este reparto la *Tarraconensis*, reservada probablemente por su importancia estratégica, más próxima a la *Gallia* y el paso hacia Roma.

El periodo que sigue resulta bastante desconocido y las noticias son algo inconexas. El goda Valia alcanzará un pacto con Constancio —general al mando de las tropas de Honorio— en 416, a fin de combatir a los alanos y vándalos.



Hispania durante las grandes migraciones del siglo V: IZQUIERDA: reparto de las provincias en 411 entre suevos, vándalos —asdingos y silingos— y alanos; DERECHA: ámbito de influencia del reino suevo en época de Requila (438-448).

los silingos, en *Lusitania* y *Baetica*, respectivamente. Los primeros sufrirán una dura derrota y se verán obligados a ponerse bajo la protección de sus vecinos del norte, los vándalos asdingos, con Gunderico al frente.

Quizás por el temor de que los visigodos se hicieran con el control peninsular tras acabar con todos ellos, Constancio promueve su retirada de *Hispania*, restando una situación de precario dominio sobre esas provincias. De hecho, por aquellas fechas —del año 418 al 420—, reaparece la figura del *vicarius*, de nombre Maurocello. Entre tanto, no debieron cesar las campañas de saqueo por parte de los vándalos en la *Carthaginiensis* y el emperador refuerza los efectivos para reducir a los bárbaros,

pero también para contrarrestar el poder del usurpador Máximo, establecido entre ellos.

Otro de los hitos relevantes de estos años fue el paso de estos vándalos al norte de África (en el año 429), no sin antes retroceder hasta *Lusitania*, donde un grupo de suevos saqueaba la provincia. Su cabecilla, Heremigario, morirá ahogado en el Guadiana, probablemente tras asaltar la capital, *Emerita*. Cuando Hidacio habla de que Heremigario causa ofensa a la mártir emeritense, desde la perspectiva de un religioso puede significar que saqueó la ciudad, al menos las áreas periféricas, en caso de que hubieran resistido sus murallas a un hipotético asalto por parte de estos suevos.

El reino suevo y su sede en *Emerita*

La intervención de los aliados visigodos y de las tropas imperiales en *Hispania* habría supuesto un cambio en los equilibrios de poder entre los bárbaros asentados aquí desde hacía ya dos décadas. Los acuerdos ‘*foedus*’ alcanzados con los visigodos, aliados ‘*foederati*’ permitirán al emperador cierto control en Hispania; a cambio, permitirá su asentamiento en el sur de la Gallia. Los suevos —según el *Cronicón de Hidacio*— continuaban con sus acciones de saqueo en el noroeste, algo tal vez indicativo de que aún no contaban con una base estable, a pesar de todo ese tiempo transcurrido. Recluidos en el territorio asignado en 411, se mantenían al margen de las autoridades imperiales y del alcance de los visigodos. Las noticias que nos llegan a lo largo de la década del 430, tienen que ver con las repetidas denuncias por parte de los locales y los intentos de mediación del mismo obispo de Chaves. Ya en ese tiempo conocemos el nombre de su rey, Hermerico, y el de su hijo y sucesor, Requila.

Éste último protagonizará un trascendental cambio de rumbo tras la abdicación de su padre, al emprender una política expansionista que le hace mirar hacia el sur, *Lusitania*, *Baetica* y *Carthaginensis*. La clave de esta expansión territorial se encuentra en Mérida. En 439 toma la ciudad y desde aquí emprende sucesivas campañas que le sitúan en *Mirtilis* —estratégico puerto fluvial en el Guadiana— e *Hispalis* —Sevilla— el año 441, en un claro intento por hacerse con las provincias meridionales de *Hispania*.

Qué duda cabe que la elección de *Emerita* posee un acentuado simbolismo político y adquiere un enorme significado en cuanto a sus objetivos. *Emerita*, como residencia del gobernador de la *Diocesis Hispaniarum*, suponía la capital política y administrativa de la *Hispania* tardorromana, por lo menos teóricamente. Sin duda, la toma de la ciudad constituye un golpe de efecto y, al hacerse con ella, pudiera estar reclamando para sí un papel hegemónico en la Península. Su expansión inmediata hacia las provincias limítrofes estaría confirmando esa posibilidad.

Pero esta corte regia afincada en Mérida no se prolongará en el tiempo ni trascenderá al impulsor de ese proyecto territorial. Requila muere casi una década después, en el año 448, en *Emerita*, seguramente convertida en la primera residencia estable de los suevos en la Península. Aún en este corto periodo, podría determinarse una manifiesta voluntad de establecimiento duradero, ahora sólo truncada por la muerte del rey. Su hijo, Requiario, le sucede en unas circunstancias no bien aclaradas por Hidacio, que podrían tener que ver con una imprecisa oposición entre «los suyos» ‘*gente sua*’, probablemente en alusión a su familia. Resuelta esa posible

resistencia o tomadas las cautelas debidas, el nuevo rey emprende un camino distinto al de su predecesor y retorna hacia sus territorios de partida en la *Gallaetia*.

En estos momentos, la península ibérica se encontraba dividida en dos. De un lado la *Hispania* precariamente controlada por el Imperio —las provincias *Tarraconensis* y *Carthaginensis*— y, del otro, la parte occidental, sujeta de un modo u otro al poder del reino suevo, que fijará su sede en Braga, en el extremo norte portugués. En realidad, pactos posteriores acordarán la renuncia de los suevos a esta provincia oriental a favor del Imperio. Tras la muerte de Valentiniano III, Requiario entenderá extinto el acuerdo e impulsará su acción hacia aquellos territorios. La ejecución de Requiario en 456, tras el intento por expandir su influencia hacia el este, desencadenó el efecto contrario, constriñendo las fronteras suevas y afianzando la hegemonía del reino visigodo de Tolosa en el resto de la *Hispania* romana *de facto* ya extinta.

La huella arqueológica

Cabría pensar que todo ese escenario de saqueo, de asalto y de ejércitos en movimiento hubiera dejado rastro en los estratos de nuestras ciudades romanas. Pero lo cierto es que la huella arqueológica resulta aún esquiva y sumamente imprecisa, insuficiente para evaluar el auténtico impacto de las migraciones de la primera mitad del siglo v en *Hispania*. Y es que, muchas veces, no logramos desligar determinados signos de abandono y destrucción del proceso natural de desarticulación urbana, propios del agotamiento del modelo social y político romano. Tampoco la narración histórica contemporánea a estos acontecimientos, por su escaso detalle o simplemente su silencio, ayuda

demasiado a distinguir ese rastro. No lo hace, por ejemplo, la transmisión apocalíptica de Hidacio, que nos obliga a tomar con suma cautela parte de su detalle trágico.

Con todo, no faltan huellas de actos punitivos que afectan a los barrios periféricos de las ciudades, precisamente las áreas más expuestas a un eventual ataque. Monumentos funerarios destruidos, edificios trágicamente desplomados y defensas remozadas y puestas a prueba. Escasean, sin embargo, los indicios directos de la presencia de grupos extranjeros en la península ibérica durante las migraciones del siglo v, donde los más rotundos argumentos arqueológicos proceden del ámbito funerario. Evoquemos la conocida *spata* de una tumba de *Pax Iulia* (la portuguesa Beja), o las piezas de Beiral (Ponte de Lima, Portugal) o el Albaicín (Granada). Pero, hasta la fecha, el conjunto más significativo de enterramientos en este sentido procede de Mérida. Las joyas, broches y remates áureos de los tocados constituyen un ornato característico e inconfundible del atuendo aristocrático femenino de los protagonistas de estas «grandes migraciones». Históricamente, estas circunstancias encuentran perfecto encaje en aquella efímera *sedes regia*, entre 439-448, que el rey suevo había establecido en *Augusta Emerita*, la vieja capital lusitana y que fuera primera ciudad de *Hispania*.

A partir de mediados de la quinta centuria se hacen más comunes las sepulturas con armas e indumentaria alóctona: Duratón, Castiltierra, El Carpio de Tajo o Madrona. Pero estos cementerios ya estarán vinculados a los visigodos, otro pueblo extranjero de origen germano, que encontró acomodo en la insuficiencia militar de un Imperio romano en franco declive.